



*El Villancico de
los 3 fantasmas*

Oswaldo Reyes

EL VILLANCICO DE LOS TRES FANTASMAS

Oswaldo Reyes

Cuando las emisoras empezaban a tocar las primeras melodías navideñas y en todos los canales las noticias relatando un asalto a mano armada o el macabro descubrimiento de un ajusticiado se alternaban con coloridas propagandas de almacenes que podían pagar la pauta promocionando el juguete más novedoso, el equipo electrónico recién llegado al mercado o las últimas tendencias de la moda, cuyos rimbombantes nombres ocultaban que la mayoría venía de China, el doctor Mantovani sabía que su nombre estaría en boca de muchos de sus colegas.

Aun cuando podría engañarse aduciendo que el motivo era su inteligencia o su cautivadora personalidad, la verdadera razón era mucho más banal. Se acercaban las fiestas de fin de año y las personas dispuestas a hacerlos de manera voluntaria se volvían extremadamente populares.

Nunca había disfrutado de la Navidad y prefería no pensar en los motivos. Sin embargo, la consecuencia lógica de esa reticencia era que el 24 y el 31 de diciembre eran como cualquier otro día para él, lo que lo convertía en la persona ideal para pedirle un cambio de turno. Con el tiempo, se volvió en la elección natural para el turno de Navidad y llevaba años cenando pavo y jamón entre cesáreas, vestido con cómoda ropa quirúrgica y sin otro compromiso que esperar el amanecer para regresar a su casa.

Eso, por supuesto, hasta que Ibeth apareció en su vida. La joven enfermera que había logrado romper todas las barreras sentimentales que había erigido a su alrededor era un elemento para el cual no tenía un plan. Cuando empezó a aceptar que ella estaría en su vida

por mucho tiempo, a menos que algo terrible pasara, tomó la decisión de no cambiar más turnos.

Dos semanas antes del primero de diciembre salió la lista con los turnos del mes. Mantovani empezó a buscarse y cuando llegó al día 20 empezó a preocuparse. Al llegar al 24, apretó los labios, molesto. No solo le tocaba hacer el turno de Navidad el primer año que no quería hacerlo, sino que le tocaba hacerlo con una de las tres personas que detestaba a un nivel bioquímico.

Jonathan.

—No puede ser tan terrible, Carlo —dijo Ibeth sonriendo para mi beneficio, aunque sabía que le molestaba saber que estaría de turno en Nochebuena—. No puede ser tan malo. Solo evítalo y en la mañana te invito a desayunar.

Mantovani le guiñó un ojo en respuesta, pero requirió mucho autocontrol para que no se escucharan crujir sus dientes. Jonathan era del tipo de personas que se metía debajo de tu piel como un *Sarcoptes*, el ácaro causante de la sarna. Disfrutaba demasiado escuchar su propia voz, aunque nadie le estuviera haciendo caso. Sus gustos musicales le encrespaban los nervios y tenía la mala costumbre de comer con la boca abierta. En lo que a él se refería, no tenía problemas con tenerlo cerca, con tal de que la unidad de distancia se midiera en kilómetros. Tenerlo de compañero de turno iba a ser una prueba.

Ni sus más terribles apreciaciones lo prepararon para la realidad.

Llegó al turno y empezó a trabajar. Para las siete de la noche tenía todo bajo control. Ni un solo caso pendiente, por lo que quedaban en manos de las urgencias que pudieran llegar. Siempre había algún niño que tomaba la mala decisión de nacer esa noche, sin saber

que se estaba condenando a recibir regalos de cumpleaños y Navidad en una oferta de 1 por 2.

—¡Carlo! —dijo la voz de Jonathan a su espalda. Estaba cerrando el útero de la última cesárea que esperaba tener que hacer en el turno. Su voz lo hizo fallar el movimiento y la punta de la aguja curva paso demasiado cerca de su pulpejo. Cerró los ojos y respiró hondo. Debía recuperar el control. Eso es lo que se esperaba de él.

—Hola Jonathan —respondió de vuelta—. Pensé que habías cambiado el turno.

Un comentario inocente que esperaba golpear donde debía dar. Jonathan nunca llegaba a tiempo a un turno, un viejo truco para que su compañero sacara el trabajo más pesado. Si alguien le decía algo, aducía haber estado en la sala viendo alguna paciente o en el cuarto de urgencia, evaluando una consulta de pasillo. Obligaciones imposibles de demostrar que eran tan buena excusa como cualquiera.

—Para nada —dijo, ignorado a propósito el comentario—. Desde que me casé, aprecio más los turnos de Navidad. La mejor excusa para no ver a mi suegra más tiempo del necesario. Además, hay otros beneficios.

El tono de voz hizo que Mantovani mirara por encima de su hombro a su colega. Sus ojos regresaban a prestarle atención, pero no se le escapó la dirección de sus pupilas segundos antes.

Tomó el último punto de sutura en músculo, sin dejar de estudiar a la interna que lo ayudaba. Era simpática y sonreía con facilidad. Le cayó bien al conocerla, pero verla sonrojar ante el comentario de Jonathan y el temblor en sus dedos, un temblor que no estaba antes, le pintaba otro escenario. Uno donde ella quedaba a la par de Jonathan.

—¿Y qué es esa basura? —gritó sacudiendo la cabeza. Sin preguntar, se acercó al equipo de sonido y leyó la pantalla azul con letras digitales en verde: —Giuseppe Tartini. ¿Quién es ese tipo? El trino del Diablo. Sonata de violín en G menor. ¿En serio, Carlo? ¿Una canción del demonio en la noche de Navidad? Eso es casi sacrilegio, ¿no crees?

—No —respondió Mantovani con calma—. Tartini era un compositor italiano. Uno de los mayores virtuosos del violón del mundo, en mi opinión superado solo por Paganini. Y esa pieza de la cuál te burlas, es un reto para los violinistas más exigentes. Estás escuchando arte, Jonathan.

—Puffff —resopló y una exagerada mueca se dibujó en su rostro—. Me rehúso a escuchar música pagana esta noche. No es correcto.

Puso el celular que traía en la mano a un lado del equipo y sin pedir permiso presionó el botón de pausa. Sacó el disco que todavía giraba en su interior y lo puso encima del equipo. No solo dejando la argenta superficie de lectura del disco llena de la grasa de sus huellas digitales, sino que fuera de su estuche, a riesgo de una ralladura o algo peor. Puso la radio y movió la emisora hasta que el silencio del quirófano desapareció entre gritos y campanitas de fondo.

—Eso está mejor —dijo asintiendo en aprobación—. Música navideña. “Feliz Navidad” por los Boricua Boys. El arte está en el oído del que escucha.

Y como si estas palabras fueran una declaración suficiente, se sentó en una silla a conversar con el anestesiólogo y a no quitarle la vista de encima a la interna, de apellido Sojo.

Por fortuna, Mantovani no había dejado de mover la mano, así que para cuando los Boricua Boys empezaron a contar la historia del tamborilero que llegaba a Belén, ya estaba

cosiendo piel. Más tiempo perdía en tomar la sutura y estrangular a Jonathan que en terminar la cirugía y salir de allí. Además, odiaba desperdiciar material operatorio en basura.

No le dirigió la palabra, so pena de perder la cordura y la reputación que tenía. Limpió la herida, una línea que apenas se veía, se despidió de las personas que lo habían ayudado, recogió su disco de Tartini, lo guardó en su estuche y salió. En el dormitorio tenía un paño negro y un líquido de limpieza que lo dejaría como nuevo.

—Doctor Mantovani —dijo otra voz, ésta más aguda y agradable—. ¿Ya terminó? Pase al comedor. La cena lo espera.

Siguió el aroma y apenas abrió la puerta del comedor, sus fosas nasales fueron saturadas con decenas de aromas que lo pusieron a salivar. La mesa, con un mantel verde, servía de contraste perfecto para los alimentos que reposaban encima. Una jarra con jugo de saril, que ya iba por la mitad. Una bandeja con frutas, que estaba seguro nadie había tocado. Una rosca de pan, tamales y arroz con pasitas le hacían de custodio al jamón que ocupaba el centro de la mesa. Un cuchillo de hoja delgada y mango de madera esperaba paciente la mano de los comensales.

Siempre se podía confiar en el personal del salón de operaciones. Podían estar encerrados y obligados a trabajar hasta el amanecer, pero no por eso iba a dejar de celebrar una festividad, mucho menos una como la Navidad.

—¿Y la interna? —preguntó la enfermera Washington—. ¿No viene?

Mantovani se volteó y pudo ver como la doctora Sojo se alejaba en dirección contraria, caminando a la par de Jonathan. Entre ambos la distancia apenas permitía el paso del Espíritu Santo, como diría su madre.

—No creo —dijo—. Deben tener algo más que hacer.

Washington solo alzó la ceja y sonrió con picardía. Ella debía estar tan acostumbrada que ya nada la sorprendía. Sin insistir en el tema y con un gesto de la mano, le indicó que se sirviera.

—*Con mesura* —dijo la voz de su madre en sus recuerdos—. *La gula es un pecado.*

Para cuando se sentó a comer, su plato apenas podía sostenerlo con una sola mano. El recuerdo de su madre lo estaba poniendo de mal humor. Peor humor del que estaba.

Sus recuerdos navideños eran escasos y ninguno era feliz. El último que su cerebro decidió guardar fue cuando tenía apenas seis años. Fue el 23 de diciembre. Estaba sentado en la mesa de la sala y escribía en una hoja de papel, la punta de su lengua asomándose por la comisura izquierda de su boca. Su madre, sus pasos tan silenciosos como los de un fantasma, lo sorprendió con una sola pregunta.

—*¿Qué haces, Carlo?*

Y él, como el inocente niño que era, respondió la verdad.

—*Hago mi lista para Santa. Papá dice que tengo que mandarla hoy para que llegue a tiempo al Polo Norte.*

El recuerdo todavía estaba grabado en su memoria. Su rostro serio se tornó peligroso. Giró sobre sus talones y se fue hacia el cuarto que fungía de oficina para su padre. Escuchó la puerta abrirse y cerrarse. Luego, gritos y golpes. Después, silencio.

A los dos minutos su madre regresó con su padre. Sus mejillas estaban rojas, como si lo hubieran abofeteado. En su brazo, dos arañazos que no estaban allí en horas de la mañana.

—*Dile al niño la verdad.*

Su padre miró una vez a su esposa y el intento de protesta murió en sus labios. Con la cabeza gacha, murmuró: —Santa no existe.

—Más duro. Que entienda.

—Vale, bien. Carlo. Santa Claus no existe. Yo te compro los regalos y los pongo bajo el arbolito. En el Polo Norte solo hay hielo. No hay duendes ni renos.

Y en un tono apenas audible, agregó: —Lo siento, hijo.

—Si de mí dependiera —dijo su madre, a quién recordaba vestida de negro y sin una sola arruga facial que sugiriera haber sonreído en su vida— pasaríamos el día en ayuno y oración, no en payasadas...

Se mordió un costado de la lengua, por lo que la película mental llegó a un abrupto final. No le dolía. Era como si su cuerpo hubiera fallado la dentellada para silenciar a su madre.

—¿Se encuentra bien? ¿No le gusta? —preguntó una de las instrumentistas al verlo dudar.

—No es eso. Me mordí la lengua. Está excelente y mis felicitaciones al chef.

La instrumentista sonrió satisfecha. Trató de decirle algo, pero una voz a lo lejos gritó: —Boleta.

Todos en el comedor gruñeron. Otro caso. La celebración tendría que posponerse de manera temporal.

Mantovani se levantó, botó la basura y regresó al quirófano. Washington, boleta en mano, le dijo: —Un curetaje. Aborto incompleto.

—Eso es fácil. Mándalo a buscar. Así salimos de eso.

—Ya lo hice. A la que no encuentro es a la doctora Sojo. Y no creo que la encontremos por un tiempo.

Mantovani alzó la ceja como única pregunta. Washington se acercó y en un susurro comentó: —La vi irse con el doctor Torrero.

Mantovani suspiró y se encaminó al equipo de sonido. Sacó un objeto de su bolsillo y lo colocó a un lado, puso un disco en el reproductor y las bocinas crujieron un instante antes de empezar a sonar con una melodía nueva.

—Tú y tu música rara—dijo la voz de Jonathan desde la puerta del salón de operaciones. Se acercó y lo palmeó con fuerza—. Eres un bicho extraño, Carlo.

—Tal vez —dijo sin prestarle atención y disfrutando las primeras notas de la sinfonía—, pero es Paganini.

Se imaginó a Jonathan torciendo los ojos, recogiendo lo que vino a buscar y salir sacudiendo la cabeza. Antes de que se fuera muy lejos, agregó: —Necesito a Sojo.

—Yo la vi primero y soy más que suficiente.

—Hay un curetaje. Ella debe estar aquí.

—¿Por un curetaje? Vamos. No hará nada, excepto mirarte. Prefiero que me vea a mí. Hizo un gesto con la mano que parecía indicar curvas voluptuosas.

—Y yo a ella. Después te la presto. No la molestes por ahora. Se buen muchacho y ayúdame. Hoy por ti y todo eso.

Mantovani pareció meditarlo un segundo.

—Apenas termino quería descansar. ¿Cómo se supone que me recueste con ustedes..?

—No hay problema. Estamos en mí carro. Protegidos por el muro de la consulta de fisioterapia. Más privado que eso, cerca del hospital, no hay.

Le guiñó un ojo y salió a paso rápido. Al verlo desaparecer, Washington lo estudiaba molesto.

—Uno de estos días se le va a acabar la suerte.

Mantovani asintió. Subió el volumen y se sentó a esperar.

Media hora después se quitaba los guantes después de haber hecho el legrado. Afuera, en el pasillo, una camilla esperaba. La mujer sobre ella se quejaba de dolores.

—Una placenta previa sangrando—dijo Stromberg, uno de sus residentes, que esperaba a su lado con los papeles del expediente—¿Puedo entrar en el caso?

—Por supuesto. Encargarte y prepara todo. Me avisas apenas vamos a empezar.

En la puerta principal, una mujer hacía señas. No la conocía, pero traía una caja de cartón en la mano, con el logo de un restaurante de comida rápida.

—Disculpe, ¿Está el doctor Torrero por allí?

—Buenas noches. Usted debe ser su esposa. Habla mucho de usted.

Sé sonrojó y miró por encima de su hombro el movimiento de camillas.

—No está por aquí □dijo Mantovani□. Se fue a descansar al auto.

—¿Al auto?

—Le dolía la cabeza. En el cuarto hay una fiestecita de Navidad. Solo quería reponerse. Me pidió que le dijera que cuando llegara lo buscara allá.

—¿Está bien? —sonaba preocupada.

—Sí, sí. Necesita lentes, creo. En fin, espere un segundo. Falta algo.

La mujer lo vio alejarse y desaparecer en una esquina. Después de una espera de dos minutos, regresó con una bolsa en la mano.

—Esto es para ustedes. Cenen y disfruten. Feliz Navidad.

Mientras le decía dónde encontrar el auto, la mujer revisaba la bolsa. Al ver su contenido, sonrió algo incómoda.

—No es necesario. En serio.

—Seguro que sí. Nosotros cubrimos el área. Los recién casados no deberían estar separados en Navidad.

—Gracias. Prometo no demorarnos.

Al llegar al ascensor se dio la vuelta y gritó:

—Feliz Navidad a todos.

Mantovani sostuvo la sonrisa hasta que la puerta metálica se cerró. Después, su rostro se tornó inexpresivo y se quedó contemplando en silencio el vacío dejado por la joven esposa.

—Doctor Mantovani—lo llamó Stromberg al cabo de unos minutos—. Estamos listos.

Mantovani lo siguió, mientras contemplaba que, de alguna forma, esa noche se había convertido en el Señor Scrooge.

Un fantasma del pasado lo había visitado. Su madre recordándole navidades que hubiera preferido olvidar.

Un fantasma del presente en la forma de la señora Torrero. Un recordatorio de las cosas que pasaban en otras casas. Qué la ignorancia era una bendición.

Se lavó las manos con calma. Si sus cálculos eran correctos, debía estar llegando al auto. Vería el movimiento y lo que pasaba adentro por las ventanas.

Mantuvo las manos alzadas para no tocar nada mientras entraba al quirófano. Cuando le iban a poner la bata, le pidió al anesthesiólogo que sacara su celular del bolsillo, por si Ibeth lo llamaba. Un modelo muy similar al de Jonathan. Lo había visto poner su clave otras veces

y aprovechó cuando lo dejó al lado del equipo de sonido para llevárselo y ponerle un mensaje a su esposa. Uno que borró después. Una invitación para que lo fuera a visitar al hospital para pasar juntos la Navidad y para que le trajera la cena.

Los seres humanos eran poco predecibles, pero nada como una rutina establecida, en forma de una fiesta anual, para saber que harían sin dudar.

—¿Alguna petición, Carlo? —preguntó Leandro, el Anestesiólogo, tomando el estuche del último CD de la mesa donde había vuelto a colocar el celular antes de que su dueño se diera cuenta que lo había dejado atrás, por estar de cacería, y que regresara a buscarlo.

—Jonathan tenía razón. Es Navidad. Pongamos algo acorde. Pista 4, por favor.

Leandro leyó la carátula y levantó la mirada extrañado.

—¿Seguro que es de Navidad?

—Vamos Leandro. No todo son peces bebiendo sin cesar o zambombas.

Colocó las verdes telas y cubrió a la paciente, dejando solo el espacio necesario para la cesárea. Cuando la instrumentista le pasó el bisturí, Mantovani contempló el filo de la hoja apoyado sobre la blancura del guante de látex.

Así mismo debió brillar la hoja del cuchillo en manos de la señora Torrero bajo la pobre iluminación del auto de su Jonathan. Un cuchillo que debían estar buscando en el comedor para cortar el jamón y que él colocó con un pedazo de la succulenta carne y algo de dulce en el cartucho que le entregó a la joven esposa poco antes de irse. Un objeto filoso fácil de manejar en un momento de ceguera pasional.

Se preguntó quién de los dos sería su fantasma de Navidades futuras. ¿Sojo? ¿Jonathan? ¿Los dos?

¿Los tres?

Una melodía empezó a llenar el aire y Mantovani suspiró satisfecho. Nunca había recibido un regalo de Santa Claus, pero esa sensación era lo más cercano que se podía imaginar a cómo debía sentirse.

—Feliz Navidad a todos. De verdad, feliz Navidad—pensó tomando el bisturí, listo para cortar la piel que le permitiría traer a un niño al mundo. Las notas de *Troika* de Serguéi Prokófiev recibíéndolo a la vida, mientras que, en otra parte del hospital, una hoja de acero inoxidable sesgaba la de Jonathan Torrero, elevándolo a la categoría de leyenda de Navidad.

Con algo de suerte, alguien tomaría su historia y lo convertiría en un villancico a ritmo de reguetón.